

Duelos en la infancia

María Lucila Pelento*

Un fenómeno transferencial particular relacionado con una pérdida temprana

Quiero comenzar este encuentro –que verdaderamente agradezco porque siempre es enriquecedor compartir este espacio con ustedes– contándoles una experiencia de trabajo que tuve en mis primeros años de práctica. Aún cuando en esa época se podía ver como un agente facilitador que el analista recogiera todas las transferencias y que el analizando se refiriera explícitamente a las vivencias transferenciales surgidas en el encuentro con su analista, sin embargo, me llamó la atención el fuerte vínculo transferencial de una paciente adulta joven conmigo. Se refería explícitamente a lo tremendamente importante que era para ella ese vínculo. Esta importancia parecía acordar con la falta de registro tanto a nivel psíquico como corporal del largo e incómodo viaje de varias horas que debía hacer para llegar a mi consultorio. A esto comenzó a agregarse un fenómeno corporal no fácil de comprender: *cuando yo comenzaba a intervenir una sensación de tibieza* recorría su espalda como atravesándola irradiándose luego por su cuerpo.

La paciente, en una sesión, al relatar una conversación que había tenido con una amiga agregó que al hablar de la relación conmigo se dio cuenta que me sentía como si fuera su mamá. Este “como si” era el que yo no percibía. Una serie de indicios me hacían pensar que este “como si” no existía. Asustada por la transferencia primaria confirmada por una serie de indicios, utilicé en una sesión una forma interpretativa que por supuesto la supervisora –y con razón– puso en cuestión: comencé una interpretación diciéndole “yo que no soy su mamá, etc., etc.”. Palabras que me sonaron a mí misma como raras y desubicadas. Como si de este modo hubiera querido tomar distancia de la paciente y de la fuerte transferencia... ¿erótica? ¿homosexual? La formulación produjo efectos. Nos equivoquemos o no las palabras producen efectos. Recuerdo que me sentí mal por no haber podido tolerar la intensidad de los sentimientos de esta paciente o por no haber podido encontrar otras palabras para entender con ella el tipo de transferencia

* Miembro de la Asociación Psicoanalítica Argentina.
Billinghurst 1599, piso 11. (CP 1425), Capital Federal, Buenos Aires, Argentina.

primaria establecida. Por este motivo esperé la sesión posterior con preocupación. Sin embargo y para mi sorpresa la paciente llegó a sesión inquieta por no haberme informado, que en realidad la persona, a quien llamaba mamá, era la segunda esposa de su padre ya que su madre había fallecido teniendo ella pocos meses. Prácticamente tenía muy pocas informaciones de su madre. Su padre nunca le había hablado de ella y la familia de ésta había cortado toda relación con éste al volverse a casar al poco tiempo de quedar viudo. Una visita que se encargó de organizar, a la casa de una tía a la que prácticamente no había tratado, le deparó una sorpresa. Esta tía tenía una foto de su madre con ella en brazos en una actitud muy cálida, contándole que su madre había fallecido de una embolia prácticamente teniéndola a ella en brazos.

La pregunta acerca de si esa tibieza que sentía en su cuerpo al oírme respondía al recuerdo corporal de la zona en que era sostenida por el brazo de ésta quedó flotando entre nosotras, sin embargo la sensación corporal cedió, cedió justo en el momento en el que se puso en palabras y diría en dos tiempos que yo “la segunda esposa de su padre” no era su madre biológica aunque hubiera cumplido con una función materna. Y que “yo su analista” tampoco era la persona a quien ella llamaba mamá. Y en aquel análisis ocupó un lugar importante un proceso que le permitió ubicar los elementos de su historia de otra manera. Hoy podría decir que en aquel momento algo de la vincularidad se me hizo presente, más allá de mi forma torpe de formular la interpretación. También que le debo a esta paciente gratitud, por haberme ayudado a formularme preguntas acerca de estas pérdidas vividas en épocas tempranas de la vida. De este recuerdo recogido de mi práctica como analista deseo pasar a comentar con ustedes una obra literaria.

Una obra literaria como metáfora: El primer hombre de Camus

Tal vez muchos de ustedes habrán leído el libro. Se trata de una obra póstuma de Camus denominada “El Primer Hombre”. Se dice que es una novela autobiográfica que no llegó a leer y que se encontró entre los restos de su auto en un accidente que lo llevó a la muerte el 4 de enero de 1960. El tema central gira en torno a saber quién había sido su padre fallecido cuando tenía menos de un año. (Abro un paréntesis para aclarar que este género literario que se inició con las “Confesiones” de San Agustín, recibió desde Dilthey una consideración importante. Este autor atribuyó su importancia al hecho de

que permitía comprender los principios organizadores de una experiencia de vida, pudiendo simultáneamente tener una visión del modo de configuración de la realidad histórica. Esta íntima relación entre texto e historia va a ser desplazada para ubicar en la relación entre texto y sujeto, la experiencia central facilitada por la autobiografía. Pero se trata de un sujeto con capacidad cognoscitiva, capaz de describir los hechos del pasado tal cual ocurrieron. Esta forma de entender este particular género literario seguramente recibió la influencia de L. Von Ranke, el historiador que señaló que lo propio de la historia consistía en describir “lo que realmente sucedió”. Por último otros estudiosos de este género consideran que la autobiografía constituye *un discurso de restauración y de sobrevivencia y un lugar de duelo en la medida en que el nombre propio es expropiado conduciendo a una cadena metonímica. En este sentido inscribe la muerte en la medida en que revela lo imposible de la totalización.* (Alberto Moreiras: 1991) (Cierro el paréntesis para volver a la novela autobiográfica de Camus.)

En el primer capítulo el autor describe el nacimiento de un bebé al que llamará Jacques Cormery y las circunstancias y contexto en el que éste se dio. Comienza describiendo el viaje en carreta que siguió al viaje en tren desde Argel a Arabia –de una noche y un día de duración– realizado por una pareja. Ella, una mujer dulce y sufrida a punto de dar a luz. El, un hombre delgado, de rasgos definidos, de nacionalidad francesa, de unos treinta años de edad. Ambos se dirigían en carreta acompañados por un árabe hasta una finca: la finca de Saint-Apotre en la que él iba a trabajar como gerente.

Camus describe –como él sólo podía hacerlo– el viaje en carreta, la preocupación del hombre por su mujer, los dolores de parto que esta comenzó a sentir y que ensombrecían su mirada dulce. La llegada a la casa inhóspita y fría, la predicción del árabe “tendrás un varón y será guapo”, el nacimiento ayudado por la nuera del árabe y la intervención del médico con otra buena premonición en medio de la desolación de todo el contexto: “éste empieza bien, con una mudanza”.

El segundo capítulo comienza con otro viaje: el de un hombre de 40 años en el pasillo de un tren que conduce a la ciudad francesa de Saint Brieu. Un hombre que daba la impresión de soltura y energía sonriendo a una joven al pasar por una estación cercana a la de Saint Brieu. Ese hombre era aquel niño nacido hacía 40 años. Dos propósitos lo habían animado a hacer ese viaje. En primer lugar visitar a un profesor que lo había estimulado *abriéndole las puertas de todo aquello que le iba a servir de*

consuelo en la vida: los libros y la escritura. Mientras esa visita le complacía la otra visita que debía hacer la consideraba simplemente un trámite poco placentero: ir al cementerio a llevarle unas flores a su padre, cumpliendo un deseo de su madre, la que residía en Argel. Este había muerto en la batalla de Marne durante la guerra del 14. Él aún no había cumplido un año de edad. Cuando llegó le preguntó al guardián por el sector de los muertos en la guerra del 14. El sector del “souvenir Francés” lo denominó el guardián mientras le preguntaba el nombre del muerto y su grado de parentesco con él. Un corto diálogo tiene entonces lugar entre los dos hombres: “¿es un pariente?” “Era mi padre” “Lo siento” dice el guardián pero el hombre responde “No, no, yo aún no tenía un año cuando murió, así que usted comprenderá...”. “Sí”, dijo el guardián, “pero da igual. Fueron demasiados los muertos”. El hombre sentía “Que no podía inventarse una compasión que no sentía, que esa visita no tenía sentido, que además le horrorizaban los trámites convencionales. Que no tenía sentido ante todo para él que no había conocido a su padre, que ignoraba casi todo acerca de él y para su madre que nunca hablaba del desaparecido y no podría imaginar nada de lo que él vería”. Encontró una superficie limitada por piedras y una cadena negra que las unía y varias filas de lápidas con los nombres. En la primera fila en una lápida estaba grabado el nombre de su padre. La miró distraídamente y se hundió en una especie de ensoñación sensorial: vio las nubes blancas cruzando el cielo, una luz leve que por momentos se apagaba; escuchó a lo lejos el rumor sordo de la ciudad, oliendo en las flores mojadas el aroma salado que venía del mar. El choque de un balde contra el mármol lo sacó de la ensoñación. Leyó la fecha del nacimiento de su padre advirtiéndole que nunca la había sabido, después leyó la fecha de su muerte y calculó maquinalmente la edad que tenía cuando murió: 29 años. Dice Camus refiriéndose al personaje: “lo sacudió aún físicamente un pensamiento que lo llenó de ternura y de compasión. Pero no la compasión que lleva al hijo a recordar al padre desaparecido, sino la del hombre maduro ante el niño injustamente asesinado. Había sido locura y caos ese movimiento que había hecho posible que existieran hijos más viejos que sus padres. Sintió angustia y piedad al mirar ese suelo sembrado de niños que habían sido los padres de hombres encanecidos que creían estar vivos en ese momento... Un extraño vértigo se apoderó de él. Sintió que se agrietaba hasta desmoronarse esa especie de estatua que cada hombre erige de sí mismo. Entendió su rebeldía contra el orden mortal del mundo y su ávido deseo de saber, saber antes de morir, saber para ser. Nunca se le había ocurrido imaginarse quien había sido ese hombre que le dio la vida. Y por primera vez lo

imaginó como un hombre viviente, un hombre del que sólo sabía –hasta ese momento– que había muerto en el campo de honor y a quien él se parecía. Y advirtió que ese secreto que buscó siempre en los hombres y en los libros tenía que ver con ese muerto y con el hecho de que nunca le hablaran de él.

“Había buscado lejos lo que estaba en su sangre. No había tenido ayuda. Una familia en la que se hablaba poco, donde no se leía ni se escribía, una madre desdichada y distraída que lo había conocido pero parecía haberlo olvidado”. Pensó que a él le correspondía informarse de “quién había sido ese hombre que ahora le parecía el más cercano del mundo”. Al irse sintió “que lo iba a desamparar de nuevo, a dejarlo en la soledad adonde lo había arrojado siempre”. El ruido de un avión que parecía atravesar la barrera del sonido resonó fuertemente y de espaldas a la lápida salió a buscarlo.

En cuanto llegó a la casa de su profesor le contó su descubrimiento y su anhelo. Este lo estimuló y le pidió que una vez que hubiera hecho su recorrido regresara a contarle lo que había descubierto. Pero en medio de la cena le relató que una vez conoció a un hombre que amaba mucho a su esposa y que creyó durante treinta años que a ella como a él no le gustaban los pastelitos de crema pero un día pasando por la pastelería se enteró que su mujer pasaba seguido para comer pastelitos de crema.... Su alumno entendió la nueva lección del maestro *respondiéndole “en una palabra no conocemos a nadie”*. El viejo profesor sólo le contestó: *“usted se hizo sólo y ya no necesita un padre. Pero ahora puede amarlo como usted sabe amar”*. De todos modos lo estimula a realizar ese recorrido en búsqueda de informaciones acerca de su padre.

Al primer lugar al que llega es a Argel, lugar en donde vive su madre. Las respuestas que le da son ambiguas y confusas. Su memoria oscila: por momentos le dice que efectivamente vivieron en Argel. Y al rato dice que no. Sin embargo ese “no” es desmentido por el recuerdo de un episodio ocurrido ahí y del que su padre fue testigo. A lo sumo algún tío le dice que su padre era inteligente y cabeza dura como él; que hacía lo que quería. No se acuerdan de su padre pero tampoco de otros parientes muertos, sin embargo a borbotones lo conectan con recuerdos de su infancia. Después de Argel sigue la ruta que su padre siguió buscando indicios, señales. Es poco lo que pudo saber, sin embargo ese recorrido le permitió darle lugar a un padre que nunca conoció.

Otra viñeta clínica: una adolescente quiere saber cómo habían sido sus padres

Quiero dejar ahora esta maravilla de obra literaria, para traer una pequeña viñeta clínica: una jovencita de 14 años se escapa un día de la escuela junto con un compañero, el único que sabía que sus padres habían desaparecido cuando ella tenía cinco meses. Sabe la dirección de la casa que habían habitado sus padres y junto con su compañero les preguntan a los vecinos si los habían conocido. Enfrente de la casa hay un taller de reparación de coches. Averigua en el barrio que hace mucho tiempo que ese taller funciona allí con los mismos dueños. Se anima entonces a preguntarles si conocían a las personas que vivían unos 14 años antes en esa casa. Con un gesto el hombre le dice que no. Da un paso más y dice el nombre de pila de sus padres. Vuelve el hombre a decir con un gesto que no. De pronto desde el fondo del taller se escucha una voz preguntando quien pregunta por esas personas. La chica se apresura a contestar “yo, la hija”. Este otro hombre, bastante mayor, le dice que sí que él los conoció. “Tu papá era el electricista del barrio”, “se sabía que con él se podía contar aunque uno no tuviera”. Le pregunta en ese momento para qué fueron, que es lo que quiere saber. María responde “saber como era”. El hombre mirándola le dice “yo también te conocía a vos, él venía a la novecita a tomar mate y te traía en el cochecito mientras tu mamá trabajaba. En el barrio se dijo que tu mamá tenía allí una pequeña empresa, bah, en realidad como una imprenta para imprimir volantes. Yo no sé... porque acá no traían ninguno. Yo más cosas no sé. Una vez me contó que se habían venido del norte, no sé si de Salta o Tucumán porque las cosas se habían puesto feas. Creo que de Salta porque cuando naciste vino tu abuela de allá. Yo más cosas no sé...”

María y su compañero de escuela vuelven apurados a su casa para que sus familiares no descubran la rabona que se hicieron... En sesión me dice que me va a contar algo pero que no se lo cuente a sus abuelos. Relata las averiguaciones –así las llamó– pero después agrega sonrojándose, “sabes, para mí, cuando me hablaban de ellos, para mí eran como afiches, no sé como explicarlo como papeles...” Toma un papel y lo palpa. Yo le pregunto ¿Como sin volumen? “Eso, eso, sin volumen, como una hoja finita... Ahora es distinto, sé que vivieron en esa casa, de qué trabajaban, qué vecinos tenían, porque en casa y en “Abuelas” me habían contado pero para mí eran como inventados... Yo no dudaba de que lo que me dijeron era verdad por esa conversación entre Mónica y el hermano policía en la que hablaban de que había conseguido papeles falsos para anotarme en la escuela y cuando les pregunté a los gritos me echaron de la pieza por

haber escuchado... estaban los dos muy nerviosos... A partir de allí me pareció que me ocultaban algo, mucho más cuando nos empezamos a mudar a cada rato. Era todo un ambiente de nervios... Y un día me pegó porque yo dije en chiste si nos perseguían y eso no le gustó. Por eso cuando el juez me dijo yo le creí pero *igual mis verdaderos padres eran para mí una fotografía una lámina no alguien real. Pero ayer después de haber hablado con esos vecinos empecé a sentir algo distinto. Es raro... sentí que estaban vivos, no vivos no, pero que se habían conocido, querido, querido tenerme, que me pusieron un nombre, es raro*".

¿Significación?, ¿resignificación? En este caso punto de arranque de un proceso de duelo con más preguntas que respuestas: ¿Por qué él no la pudo convencer a ella de dejar esa imprenta clandestina? "Como me dijo esa amiga de mamá –ya es mamá y no ella– mamá era más cabeza dura, no quería dejar esa imprenta en la que hacía volantes, en cambio papá sí y a veces se peleaban por eso pero mamá no aflojaba... Es que a veces cuando se mete una idea en la cabeza... el otro día una chica que no tiene mamá porque se murió en un accidente cuando ella era chica, creo que tenía dos años, se le ocurrió una idea loca: fumar algún cigarrillo de marihuana para ver si así medio drogada podía acordarse de la cara de la mamá porque alguien le había dicho que se puede. Pero yo le dije que eso es medio loco: que mirara alguna foto y sino que pensara que eso ya fue. Pero en cuanto le dije eso pensé... yo, de qué estoy hablando si también quise ir a hablar con los vecinos... claro que era para saber y no para poder acordarme porque era muy chica yo para recordar".

En los dos fragmentos clínicos que incluí hasta aquí palpé el trabajo psíquico extra que una muerte vivida en la primerísima infancia exige. Trabajo que implica remover disociaciones funcionales que a veces se transforman en disociaciones estructurales del yo. Fantasías de destino de que todo podría haber sido tan diferente... en cuyos intersticios se infiltra la idea de una especie de paraíso perdido... Identificaciones patológicas dejando su marca en las cuestiones de género; trauma bajo cuya invocación un sistema de causalidad excluyente se va a imponer refiriendo toda cuestión a la pérdida sufrida; marcas en la formación del carácter tal como señala E. Nicolini. Marcas que les hacen sentir a algunas personas que son especiales. Efectos en el contexto familiar que llevan en ciertas circunstancias a la constitución de un objeto único sede de una creencia ilusoria: la de poder atenuar los efectos de una determinada pérdida. Trabajo en determinadas ocasiones no realizado que puede llevar a una transmisión de

disociaciones o criptas en los descendientes como señaló M. Torok. Trabajo de significación o resignificación que el adolescente o el adulto debe realizar. Y a veces exacerbación de la pulsión epistemofílica, la que empuja a un examen de realidad con el deseo, en parte ilusorio, de llenar un vacío de imagen y de saber.

Pero ¿qué les puede haber pasado a esos bebés o niños en el mismo momento de la pérdida?, ¿qué marcas dejan las pérdidas tempranas? ¿Puede realizar un niño un trabajo de duelo? ¿Cuáles son sus condiciones? ¿Deberíamos modificar la pregunta y formularla –como lo señala Arfouilloux– de distinto modo? Es decir, preguntándonos no cómo un niño elabora un duelo sino cómo es trabajado por el duelo que le tocó vivir, es decir por la falla que introduce la ausencia definitiva del objeto de amor. (Arfouilloux, J. C.: 1986)

Todas estas preguntas me condujeron a coordinar un grupo de investigación sobre esta problemática junto con el Dr. E. Casanova, las Licenciadas A. Merca, S. Morid y T. Popiloff y el Dr. Alberto Wainer. Con este grupo de colegas, leímos la bibliografía que estaba a nuestro alcance así como revisamos diferentes historiales clínicos llegando a algunas conclusiones.

Después de revisar las ideas de Freud –a las que luego me referiré– revisamos trabajos de analistas ingleses y americanos. Comparándolos nos pareció que sus teorías se basaban en dos supuestos diferentes con respecto a la función de la pérdida en el aparato psíquico: para los autores americanos la pérdida de objeto es accidental; para otros autores –ingleses y franceses– la pérdida es estructural.

Pensamos que quizás haya sido esa una de las razones que impulsaron a varios autores americanos a preguntarse a qué edad un niño puede tolerar una pérdida: ¿recién en la adolescencia, en el momento edípico?

Considerar en cambio que la pérdida es estructural posibilita admitir que la posibilidad de elaborar el duelo –aún en una forma rudimentaria, como sostuvieron Evelson y R. Grinberg– puede darse en una época más temprana cuando se hayan elaborado las categorías de presencia y ausencia.

Pensamos que la pregunta de da qué edad? era necesario modificarla *por otra que tuviera en cuenta el momento de estructuración al que había llegado el niño en el momento de la pérdida.*

Y ya que es la prueba de realidad la que desata el proceso de duelo nos preguntamos cuándo nace la prueba de realidad. Y qué función tiene el aporte familiar en la constitución y mantenimiento de la misma. Esta no es solamente una fuerza motriz que sirve para asegurar la distinción entre lo externo y lo interno sino también la fuerza que ayuda a modificar el mundo interno, los deseos y las expectativas. Pero la prueba de realidad *exige el cumplimiento de dos condiciones: la satisfacción real de ciertas necesidades del bebé y su libidinización y la pérdida transitoria posterior del objeto*. Si el objeto está presente la prueba de realidad no es necesaria.

Es la ausencia del objeto la que hace nacer la prueba de realidad. Y la que instala – como señala Hanus– *una especie de frontera entre la realidad interna y la realidad externa*. Pero en el momento de la muerte de un objeto significativo –como la madre o el padre o un hermano de un niño– ¿cómo opera la prueba de realidad?; ¿quién la introduce? Sabemos que cuando fallece un adulto una serie de organizaciones sociales certifican a sus familiares esa muerte: los médicos, el certificado de defunción presentado por éstos, los rituales que cada grupo social seleccione, etc. En cambio cuando la muerte toca a un adulto del cual depende el niño y al cual iban dirigidos sus deseos son otros adultos los que con palabras le deben informar de aquello que sucedió. Información nada fácil de compartir. Nada fácil porque es el mismo adulto el que frente a este hecho y como parte de su negación no solo expresa “no puede ser” sino que además tiende a sentirla siempre como un accidente, y no como una de las cosas más verdaderamente previsibles. Decir en palabras simples, sin atiborrar al niño de explicaciones, lo que sucedió, va a devenir prueba de realidad. Y si la prueba de realidad conduce habitualmente al adulto al desinvertimiento de la realidad externa acompañado al principio con el hiperinvertimiento del objeto en el mundo interno, ¿al niño le es posible deactetizar, desinvertir, tanto al objeto externo como a ese objeto interno especialmente investido? Algunos autores piensan que no, como Penot considerando que por esta razón el duelo en el niño sigue derroteros parecidos al duelo patológico del adulto. Otros en cambio no dudan que un proceso de duelo que haya llegado a elaborar una pérdida implica necesariamente esa deactetización.

Pensamos que la respuesta a esta cuestión está ligada a una serie de factores, entre los que tiene un peso importante el lugar que se le dé al proceso de *renegación*. El mecanismo de renegación –como señaló Freud– tiene indudablemente fuerza en los niños cuando se enfrentan con la muerte. Sin embargo creo que este mecanismo está

facilitado cuando se le niega al niño información. En los distintos materiales que tuvimos a nuestra disposición pudimos observar la presencia del mecanismo de renegación, pero lo importante fue en cada caso ponderar adecuadamente cuándo este mecanismo le permitía al niño una moratoria benéfica dándole tiempo para metabolizar ese hecho y cuándo, por el contrario, por su intensidad, persistencia y exclusividad se constituía en factor de patología. Ese emocionante film de Jacques Doillon titulado Ponette muestra con una claridad conmovedora la fuerza del mecanismo de renegación, el desamparo de la nena cuando éste fracasa, la depresión profunda que experimenta y la necesidad de acudir a una serie de rituales mágicos para volver a ver a su mamá. Pero también revela la oscilación de los adultos: éstos por momentos le aseguran que su mamá va a resucitar como Jesús; en otros momentos asustados del estado en el que ven a la niña anulan lo dicho tratando de que acepte que su mamá no vendrá más. También la película pone en escena las actitudes diferentes de los chicos. Un primito, que parece enamorado de la nena es el que sostiene con más fuerza la verdad, tratando de que Ponette acepte que su madre no vendrá más. También es el que la protege cuando otra nena le dice que su mamá se murió porque ella es mala.

Esta oscilación tanto del niño, como de los familiares se observa también en la clínica: una nena de cinco años que había perdido a su padre le pregunta a su hermana mayor, de diez años, *“cómo sabían los médicos que su papá estaba muerto y no dormido”*. La hermana angustiada se enoja y haciéndole burla le dice: *sí, vos querés que pase lo que se te da la gana pero no va a pasar. No se va a despertar nunca nunca*. Ema llora desconsoladamente pero del llanto pasa al enojo contando que *seguro que está dormido y no se dieron cuenta pero que se va a despertar*. Mientras abre la puerta del consultorio aduciendo que está muy encerrado pregunta si los cajones del cementerio tienen agujeritos porque si no los tienen cómo va a respirar. Con creciente angustia dice y *si no tiene agujeritos se va a ahogar y se va a morir de nuevo*. Posteriormente el analista se entera por la misma niña que su abuela y su empleada le aseguraron que lo va a ver. La empleada le cuenta que en el campo de noche hay como unos fantasmas, pero son fantasmas buenos, de muertos que vienen a visitar a la familia; en cambio su abuela –persona muy católica– le asegura que todos nos vamos a morir pero que todos los buenos van a resucitar pudiendo ella reunirse con su papá. Esto al principio parece tranquilizarla pero tiempo después y a raíz de haber sido retada por la maestra por conversar demasiado en clase dice: *me parece que no me voy a encontrar*

con mi papá porque resucitan sólo los buenos; también asusta jugando ella a ser un fantasma. Tiempo después y mientras jugaba a la Oca pregunta *¿podría ser que viniera alguien muy muy malo y te dijera porqué no se murió tu mamá en vez que tu papá?* Cuando se le dice que a ella a veces le viene ese pensamiento pero que pensar eso la hace sentirse muy muy mala con mami, se enoja mucho y dice que nunca más va a preguntar nada. Enojo que dura poco, ya que casi inmediatamente cuenta que le cuesta dormir.

Voy a dejar acá esta viñeta para considerar dos situaciones diferentes: una de ellas referida a ciertas consultas que recibimos cuando un bebé pierde a alguno de sus padres y otra cuando recibimos niños que han perdido a sus padres tiempo después, cuando están en un momento edípico o post-edípico.

Posibles desequilibrios narcisísticos y capacidad para otorgar sentidos

Entendemos que en los duelos más tempranos el adecuado posicionamiento simbólico de los adultos a cargo del niño puede actuar impidiendo que esa conmoción desmorone categorías ya adquiridas o altere su construcción. Este posicionamiento no tiene un carácter abstracto sino que supone sostener ciertas manifestaciones de inquietud o desborde emocional y pulsional visible a veces en alteraciones pasajeras de conducta, por ejemplo en el incremento de demandas o en ciertos trastornos de sus funciones corporales (trastornos de sueño, de alimentación o indisposiciones físicas transitorias). Es cierto que el duelo por el que transita el adulto en sus diferentes variedades puede inducir, exacerbar u obstruir –más aún en un niño que carece de capacidades simbólicas– determinados procesos. Puede dificultar la necesaria libidinización del niño, debido a la depresión de los que lo rodean o debido a la distancia que la enfermedad de su madre o de su padre produjo entre el niño y sus familiares. Otras veces los mismos mecanismos maníacos puestos en acto por sus familiares visibles en la hiperactividad o en la necesidad de “ruido” para tapar el silencio producen desasosiego en el niño o una depresión larvada o lo empuja a la manía. Otras veces el adulto lo coloca en el lugar de víctima favoreciendo la constitución de tendencias masoquistas y/o la plasmación de beneficios secundarios. En otras situaciones “el muerto” en la mente de su padre o de su madre se transforma en un rival invencible. Esto con regular frecuencia origina conductas temerarias o demandas muy intensas reclamando una

mirada que el niño siente que su familiar le niega. La sobreprotección impide en otras ocasiones el despliegue de impulsos hostiles.

En la actualidad sabemos que nos resulta necesario cuando recibimos consultas de familiares de un niño muy pequeño analizar la demanda del familiar para comprender en qué medida la preocupación está entretejida con el duelo del adulto. Con aquella pregunta que en la película que hoy les nombré es expresada por el padre de Ponnette al preguntarle a ésta: ¿Te podré criar solo? También muchos de nosotros tenemos la experiencia de ser consultados por madres que frente a la muerte de su esposo buscan inmediatamente análisis para el niño con un varón, preocupadas de que a este le falte “una figura masculina con quién identificarse”. Estas palabras contienen aquello que la mamá no puede tolerar: lo definitivo de la muerte queriendo rápidamente brindar un sustituto.

Otro punto importante para orientarse y poder analizar como el niño fue atravesado por la pérdida que tuvo que vivir lo constituye para mí el análisis de categorías básicas como las de cuerpo libidinal, espacio posible-imposible así como la categoría de presencia y ausencia. Esta última es fundamental porque revela que el niño pudo transitar por una experiencia de dolor psíquico.

El proceso de simbolización que esta categoría inaugura entretejido con el despliegue de fantasías adquiere cada vez una complejidad mayor cuando el niño llega a esa otra encrucijada estructural que llamamos edípica.

Los múltiples fenómenos que tienen lugar en dicho momento dejan como saldo que el niño descubra su alteridad y su propia capacidad interpretativa para otorgar sentidos. Esta capacidad está presente en las teorías sexuales infantiles que construye el niño. Estas teorías no sólo responden a la pregunta de cómo nacen los bebés sino también a la pregunta sobre el fin de la vida.

Sophie de Mijolla escribió un interesante texto en el que señala que una escena primaria en donde está presente un crimen es la que intenta aportar una representación fantasmática a la cuestión del fin de la vida en el niño. Es decir, sostiene la hipótesis que así como las teorías sexuales intentan responder a la cuestión de cómo nacen los bebés, la teoría sexual que responde a la cuestión de qué es la muerte está representada por una escena de naturaleza sadomasoquista. Esto significa que el niño sustituye el no sentido de la finitud de la vida a un deseo imputable a un otro y por lo tanto a una espera de

placer por parte de ese otro. Esos enigmas agujerean la curiosidad y las teorías de algún modo detienen el flujo constante de preguntas.

Si el ser humano en general rechaza y niega la idea de que la muerte existe –y eso lo sabemos bien los analistas ya que nos creamos también una escena donde si alguien está bien analizado no se va a morir– el niño considera la muerte no como un fin seguro y previsible sino como un hecho provocado por un agente exterior, de ahí que la escena que arma en su mente incluye la idea de un asesinato. La cualidad que adquiera la escena primaria atestigua del intento que hace el niño de responder al impensable del fin de su vida. De este modo atribuye un sentido a algo que no tiene sentido. (Sophie de Mijolla-Mellor: 1996).

Así como la construcción de estas teorías ayudan a limitar lo irrepresentable de la muerte la ligazón hace que el niño entre morir y matar también contribuye a este fin. Recordemos que en la “Interpretación de los sueños” Freud diferencia las representaciones de muerte en el niño y en el adulto. Allí dice: *El niño no imagina el horror de la destrucción, el frío de la tumba, la conmoción que produce una nada sin fin... hechos que el adulto soporta tan mal. El miedo a la muerte le es extraño, es por eso que juega a la muerte amenazando a otros niños.* Pone en escena asesinatos, describe al muerto con precisión, lo ubica en determinados lugares y lo imagina como inmóvil, dormido, ciego, etc. Algunas de estas representaciones aparecen en los cuentos y en los mitos: los monstruos, el ángel exterminador, el vampiro, el dragón, el ogro, etc.

Marc Bonnet nos recuerda en su hermoso trabajo sobre “Las representaciones infantiles de la muerte” que la representación de la muerte pone en escena un crimen, pero también una pérdida. Y que Freud señaló en 1926 que “la separación cotidiana del contenido intestinal y la pérdida del pecho” permiten “hacerse alguna idea de la castración pero que jamás se ha vivido cosa alguna parecida a la muerte”. A partir de estas ideas Freud considera que la muerte es totalmente irrepresentable en el inconsciente. Jean Guillaumm en un texto de 1989 retorna la analogía entre la analidad y la muerte situándolas como constitutivas de lo irrepresentable de la pérdida. Sin embargo, acordamos con M. Bonnet que las representaciones encontradas en los niños indicarían que es posible limitar su carácter de irrepresentable. (Marc Bonnet: 1991)

Cuando efectivamente el niño se ve enfrentado con la muerte de un familiar también –y una vez vencida la renegación– va a volver a preguntarse qué es la muerte y qué

sucede con el muerto, preguntas que suele formular en términos de prohibición, de localización y de relación, mostrando el impacto de ciertos cambios que percibe. Pregunta ¿por qué no puedo prender la tele; por qué no puedo jugar con la ropa de mi hermanita; por qué ahora papá nunca está en casa; dónde está papá; está solito?; ¿por qué papá no se mueve; por qué mami no quiere jugar?

Pienso que detrás de estas preguntas se deslizan otras que tienen que ver con su propia historia libidinal y con la historia con ese objeto que desapareció pero también quiere saber qué lugar ocupa ese objeto y él mismo en las personas que constituyen su entorno actual. Y no es casual que ese doble movimiento de interrogación y de reapropiación de un lugar incluya frecuentemente el símbolo de la negación y demandas dirigidas al adulto. Si el primero patentiza junto con los efectos de la represión la caída de la renegación, las demandas que simultáneamente hace el niño –con el pedido de amor y de sentido que conllevan– constituye la base para nuevos juicios de existencia. Con el grupo de investigación llegamos a la conclusión después de haber revisado varios materiales que esos interrogantes en el curso de un análisis constituyen un verdadero indicio: permiten entrever que la significación de esa muerte empieza a ser para el niño algo personal ligado a su proceso de historización.

Varios niños en análisis nos mostraron el largo tiempo que necesitaron para hacer estas preguntas. Tiempo en el que se ponían en acto renegaciones, tiempo de identificación con el objeto perdido, tiempo para palpar los bordes de lo posible y lo imposible; tiempo para que la alternancia de presencias y ausencias les permitiera juntar y diferenciar –como señaló Winnicott– ausencia, muerte y amnesia.

Ese tiempo activo en el que flota la verdad de un hecho que el analista no debe desconocer pero tampoco debe imponer organiza condiciones que le permiten al niño sostener sus preguntas y transitar por ese camino en el que muerte y deseo de muerte se confunden.

Pensamos que la diferenciación entre intención y hecho permite que disminuya la culpa pero que emerja el dolor aunque todavía necesite anclarlo en un objeto de su entorno. Este nuevo trabajo de desplazamiento de la fuente del dolor y de reubicación del mismo, ayuda al niño a que el olvido posterior no se convierta en imposibilidad de sentir, imaginar o pensar pero también a que la sombra del recuerdo no lo incline a ese

dolor que produce el hecho de obstinarse en la historia que podría haber sido o lo lleve inexorablemente a tener que vivir la historia de otro.

Resumen

La idea que la autora desarrolla es acerca de las pérdidas acontecidas en la primerísima infancia. Estas, por ocurrir en los primeros años de vida no pueden recuperarse a través del recuerdo lo que exige un trabajo psíquico extra.

A través de viñetas clínicas y el comentario de una obra literaria ejemplifica el trabajo que se despliega para elaborar la pérdida. Trabajo de búsqueda en indicios, señales y comentarios hechos por otros, para saber acerca de lo acontecido en relación al objeto de amor perdido. Trabajo de simbolización que dependerá a la vez del efecto generado en el contexto familiar.

Plantea como el niño es trabajado por el duelo que le tocó vivir. Se pregunta si lo que se produce es una significación o resignificación.

Otro punto importante a tener presente para orientarse en el análisis de este tipo de pérdidas es el análisis de las categorías básicas como el cuerpo libidinal, la categoría presencia y ausencia ya que revela la forma de tránsito del niño por una experiencia de dolor psíquico. Proceso de simbolización que esta categoría inaugura y que se irá entretejiendo con fantasías cada vez de mayor complejidad.

**Descriptores: TRANSFERENCIA / DUELO / NIÑO / ADOLESCENTE /
MUERTE / RESIGNIFICACIÓN / MATERIAL CLÍNICO**